

Si *Los oscuros fuegos* mantenían un equilibrio entre la poesía emergente y los principios de destrucción internos, *Mar de la noche* da amplio campo a los segundos haciendo que se prolongue el descenso hacia las mayores honduras psicológicas.

Como experiencia vivencial, *Mar de la noche* es el inicio de un fracaso. Su aportación constituye una revelación intensa y conmovedora sobre el mundo de lo pasional.

Pasión de vida y aferramiento sin límites al acto de revivir con el deseo y el recuerdo de la desesperación. Es más la presencia del fuego como existir, que de la oscuridad como olvido. Y si algo quiere olvidarse es el bagaje de sentimientos mezquinos que acompaña al vivir. Por eso precisamente se inicia con una poética que tiene casi todo su peso en la ética de la redención de los sentimientos negativos.

*Dejando atrás el peso del rencor,  
de cuanta hosca herencia  
recibí de la vida, sostenido  
por un limpio y oscuro  
destino inaplazable,  
con los ojos de acero del amor,  
la compañía lenta del silencio,  
doy armazón a la palabra,  
prendiéndome al misterio  
de su sentir sonoro.*

La depuración de sentimientos es, como el poeta reclama, un algo intencional. Se desea una escritura limpia y descargada del peso que el odio o la miseria de los acontecimientos hayan podido dejar sobre su persona, pero sin prescindir por ello de la pasión cordial.

El libro es la biografía de esta pasión cordial, que se convierte en instigadora e investigadora de su ser subterráneo. Frente al deseo de luminosidad no es extraño que dicha pasión se rebele y no acepte en ocasiones los límites que la ética y el bien querer del poeta desean imponerle. La barrera de la contención desde la pugna hostil de la ansiedad queda frecuentemente rota. Las fieras indomables del sentimiento andan bien sueltas en la espesura de estos versos. Por ello este mar, igual que «el fuego oscuro», es mar de la noche.

El reflejo de esta situación viene dado en no pocos poemas; quizá «Frío brumoso» y «Cruzo las noches» sean los que mejor lo evidencian. El poeta se declara «extraviado por lentas madrugadas»..., «tatuado por una cicatriz invisible».

Aunque algunos versos poderosos alumbren las tinieblas, desde las

que nace esta experiencia destructora, la marea inevitablemente refluye a su matriz: a la velada fuerza del inconsciente. El mundo interior queda abrazado por la palabra y soterrado tras ella, pero el aprendizaje del buen lector de poesía sabe encontrarlo poema tras poema. Ahondando en su penumbra, «brumoso, pero sondeable», el fuego de Justo Jorge Padrón es en este libro más penetrante e incendiario. El mar, de noche, arde. Arde el mar, pero no con el estallido estético de los vocablos de Pedro Giner Ferrer, sino con la carga prieta que da la densidad. Un aliento de tarea desesperadamente inútil que produce el cansancio de la convivencia con los demás, o para decirlo con palabras del propio autor, «un silbo inútil perdido y buscado estérilmente/en este corazón que no ve nada».

Su poesía se transforma tras esto en un humo espeso, que amplifican hogueras interiores, hacia las que difícilmente se abre paso el esfuerzo del poeta, aun contando con el magnífico equipaje de su arsenal expresivo. La segunda fragmentación tiende a potenciar esta zona de pasión no contenida que todo libro conlleva. Un título es suficientemente expresivo: «La ola ardiente te arrastra». En él se encuentran las certidumbres de toda la contaminación, que acaba por mancillar hasta los más nobles deseos y los mejores sentimientos. La pugna será, por tanto, cómo hacer prevalecer a estos segundos sobre los primeros, cómo luchar con la ambición de muerte que rodea no sólo por fuera, sino también por dentro, las ilusiones del poeta.

Desde aquí encontraremos una constante afirmación de las propias creencias. El acto de la lucha es defensivo y agresivo a la vez, y aunque el poeta se pone siempre del lado de lo que hemos dado en llamar *poesía salvadora*, la presencia del hundimiento vital es en el libro permanente. Se trata de indagar como en un psicoanálisis, en esa penumbra de nuestros inconscientes más sombríos, para llegar al fondo de la zona desértica, del íntimo aliento que desde algún lugar impenetrable nos hace palpitar. De todo ello se deduce que el libro tiende no a una biografía de los hechos, sino a una *biografía de los sentimientos, surgidos de los hechos*.

Lo que cabe buscar en esta biografía es el rastro de la vida, el proceso que la explica. Y como todo proceso de autenticación, no hay más remedio que liberar los demonios interiores, darles cabida en el marco de la presencia visible. El debate entre ellos y la generosidad, la entrega a la amistad y al amor, es sucesivamente ganado y perdido en este mar nocturno. Lo que aparece, sin embargo, de una manera inexcusable es que el esfuerzo de vivir conduce progresivamente al autor a esa soledad intangible que se aproxima a la derrota. Quizá poemas como «El venci-

do» y «El silencio» ilustren con el necesario dramatismo esta situación cuando Justo Jorge declara «su aceptación del mundo»...

*pues cabe que la vida  
tan sólo es un fugaz presentimiento  
de la muerte y la nada.*

La ira, la autodestrucción, se impregnan cada vez más de los enigmas vivenciales. Todo lo que se pretendía fingir u ocultar puede llegar a ser adivinado en el silencio de estos versos. En ellos se constata la presencia del Tanatos y el Eros, lo patético y lo obsesivo. Toda la complejidad del morbo que aquí no se haya contrefeñado, por las fronteras intelectuales. El sufrimiento se hace cuerpo con la oscura carne interna, y con ella ha escogido la palabra, como el mejor refugio ante los parciales desmoronamientos. Testimonio de ello lo da el último poema de esta parte: «Con la misma locura», que explica con la razón del desamor—en una impresionante e implacable lucidez de la erosión afectiva—las claves de esos descensos espirituales.

La tercera parte es más variada y tiende hacia la salvación, por esperanza o por afecto, de esa poesía submarina y hundida. Aquí se nos revela el rostro de un hombre sin disfraz. La anécdota se ensancha y se universaliza para encontrar el dato del contexto. Estamos otra vez en superficie. Podemos respirar, aunque con la sensación del ahogo de quien ha estado a punto de estallar, en el lecho del mar nocturno. Somos, en versos del autor, «como alguien que surge de un otoño» y lleva todavía la sensación de humedad y de frío. Pero ahora, en la tierra libre de esta tercera parte, encontramos los nombres, lugares y elementos que proporcionan al poeta la salvación de sus vivencias.

Los recursos para llegar a este rescate de lo personal radican en apoyarse plenamente en la identidad que los poemas han ido manifestando en las dos partes previas. Un solo «yo» adquiere así el protagonismo de lo negativo y lo positivo, el ser que vive y el que relata. De modo que *Mar de la noche* sigue la línea de la crónica directa, y a través de ella llega el lector a darse cuenta de la posibilidad de impersonalizar lo que aquí tiene el tono de biografía pasional. Después de la lectura de este canto personalizado es una voz unánime la que se percibe, pues nada se nos ha contado que no pertenezca al conjunto, en su ser y en su querer ser, de todos los entes humanos. En ello radica el milagro de comunicación de la palabra que surge de toda verdadera poesía.

Enunciar, tras este bosquejo general, los hallazgos poema por poema de un libro tan completo sería, a mi entender, una manera torpe

de cansar al lector con una larga lista de aciertos que su evidencia hace innecesaria. Diremos únicamente que la titulación de los poemas responde, como ya es habitual en Justo Jorge Padrón, a la metáfora de sus contenidos. E igualmente que su línea de sencillez espontánea y segura, se ha adornado de un bagaje estilístico de mayores vuelos. La propiedad de los adjetivos y el gusto por una sustantivación que ejerza el prestigio de la naturaleza son también notas destacables en el comportamiento estético de *Mar de la noche*.

Un hecho, en cambio, nos parece imprescindible para englobar estas consideraciones sobre los poemas. Se trata de destacar que pese a una constante argumental y definitoria, *Mar de la noche* marca una mayor tendencia hacia lo irracional. No hemos llegado todavía al desbordamiento patético de los poemas visionarios, que es patrimonio de *Los círculos del infierno*, pero sí hemos arribado a un quehacer poético donde lo onírico cobra su frecuente tributo. Véanse si no esos poemas como «Rodeado de ojos» y «Abandonado al viento», donde se roza la imaginería de lo surrealista, tocada del temblor de un misterio que se aproxima a lo temible.

El desafío de la lectura, gracias al entramado cada vez más competente del artificio técnico, adquiere un interés acentuado. El debate entre lo emergente y lo sumergido, nos permite apropiarnos de esa psicología diversa que nos dona el poeta, como enriquecimiento de nuestro propio mundo. En ese mérito irrefutable, la poesía de Justo Jorge Padrón nos llama, con su ámbito oscuro, desde el oleaje de su *Mar de la noche*.

## LOS CÍRCULOS DEL INFIERNO

Los méritos sobradamente reconocidos que la crítica ha otorgado a este libro, así como el prestigio de sus premios literarios (Premio Biental de la Asociación de Escritores Suecos y Premio Fastenrath de la Real Academia Española de la Lengua), lo convierten en uno de los textos más ilustres de la actual poesía española.

*Los círculos del infierno* significan fundamentalmente la exteriorización abierta y dramática de una crisis. En ellos podemos encontrar una de las poesías más desgarradas y vibrantes de la lírica española.

Si hubiera que buscar un calificativo que reseñase la totalidad del texto, quizá el más apropiado fuese el de que se trata de una *poesía heroica*. Y esto se dice así porque en la lucha tradicional entre lo hundido y lo emergente, el poeta adquiere una categoría prometeica al